



La pérdida de nuestro pasado

El descanso de los restos de los héroes ha sido accidentado

POR CARMEN SAUCEDO ZARCO*

comunidad@nuevoexcelsior.com.mx

PARA FELIPE REYES ROMO,
BUSCADOR Y RESCATADOR DE LAS COSAS
MENUDAS DEL PASADO

Es ya costumbre encontrar en las páginas de los diarios constantes referencias a la destrucción de nuestro pasado. Antes, cuando sólo un puñado de hombres poseía tal conciencia y sus voces eran casi inaudibles, la devastación fue constante y alcanzó: los restos óseos de sus héroes.

El 19 de julio de 1823, un decreto declaró Beneméritos de la Patria en grado heroico a Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Abasolo, José María Morelos, Mariano Matamoros, Leonardo Bravo, Miguel Bravo, Hermenegildo Galeana, Mariano Jiménez, Xavier Mina, Pedro Moreno y Víctor Rosales, por lo que se mandó exhumar sus restos para depositarlos en la Catedral de México, el 17 de septiembre. Tenían menos de dos meses para reunirlos y trasladarlos.

Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez, Galeana y Moreno habían sido decapitados; las cabezas de los cuatro primeros fueron recuperadas en Guanajuato. Todo indica que la calavera de Moreno no estaba en su entierro en Lagos, aunque sí el esqueleto de su cuerpo en la hacienda de La Tlachiquera. En cuanto a los restos de los Bravo y de Galeana, se desconocían los sitios de sus sepulturas. Los de Abasolo se habrían perdido en alguna fosa del castillo de Santa Catalina de Cádiz, donde murió en 1816.

En Chihuahua y Guanajuato se dispuso todo para el traslado. Los cuerpos de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez fueron exhumados, así como las cabezas que estaban depositadas en la iglesia de San Sebastián en Guanajuato. El entierro de Mina fue localizado cerca del sitio donde fue abatido, y sus restos fueron introducidos en una caja que proporcionaron los dueños de la hacienda de Cuerámbaro, en la que fueron puestos los de Pedro Moreno; en Morelia, los de Matamoros fueron colocados en un pequeño baúl, y en Tacámbaro se recuperaron los de Víctor Rosales.

Hay que imaginar el trayecto a la Ciudad de México: pésimos caminos, plena temporada de lluvias, el ajetreo de una carreta subiendo, 25 días de viaje para cubrir mil 500 kilómetros.

Entre el 13 y el 15 de septiembre, las nueve osamentas llegaron a la Villa de Guadalupe, y al día siguiente fueron depositadas en el convento de Santo Domingo. El 17, fueron conducidas en solemne procesión a la Catedral, donde hubo una gran ceremonia; en seguida, el carro que conducía las urnas y cajones, al menos tres, fue depositado en la capilla de San Felipe (o de la Cena, según otra fuente).

Tan pronto como el Congreso dejó las osamentas, se olvidó de ellas. Como los restos comenzaron a recibir culto por la gente del pueblo como de santos, los canónigos visitaron a la autoridad; acordaron retirarlos de la capilla y buscarles un sitio en la cripta. Como no estaba prevista su sepul-

tura en ese recinto, urnas y cajones fueron colocados de manera improvisada en la misma “bóveda donde se sepultó el cadáver del Señor O’Donojú”. Ni el Congreso —ni autoridad alguna— volvió a acordarse del asunto.

A fines del siglo XIX, un obrero dio la voz de alarma tras haber sido invitado a la cripta por unos albañiles que hacían algunos arreglos, pues vio cómo los peones sacaban los huesos para jugar con ellos. En 1893, una comisión inspeccionó la cripta, en la que encontraron “seis cráneos encima de una confusión de huesos”. Entre las tablas podridas y jirones de tela, estarían —sin orden ni concierto— los restos, que solamente habían recibido la veneración (e ignorancia) del pueblo, y nunca el respeto de los gobernantes, insensibles, ciegos y sordos al legado de los héroes.

La sociedad obrera “La Gran Familia Modelo” propuso el traslado de los restos a un mejor sitio dentro de la misma catedral. Una comisión formada por miembros del Ayuntamiento de la Ciudad de México bajó a la cripta en julio de 1895 para realizar una nueva inspección. Los reportajes publicados en la prensa no señalan faltantes, pero indican de manera rotunda el abandono, la dispersión, el descuido, la negligencia. Además, se concluyó que los restos del último virrey, O’Donojú, acabaron por mezclarse con los de los héroes.

Para el cambio, se eligió la capilla de San José, en la que rápidamente se construyó un altar con nicho en el que se colocaría un nuevo receptáculo con todos los restos.

Los huesos y los cráneos fueron sometidos a lavado y asoleado; con el polvo restante, todo se depositó en una nueva urna de cristal. En el Ayuntamiento fueron expuestos al público que se agolpó para verlos, y el 30 de julio fueron depositados en su nuevo nicho en la catedral. En este traslado, faltaron los restos de Matamoros, que fueron reportados como desaparecidos, hasta que una nueva inspección a la cripta concluyó que habían sido olvidados en su baulito. Para 1911, Nicolás León declaró que la urna estaba hecha “un verdadero muladar [...] por el abandono y el desaseo”, además de que el altar estaba a punto de caer sobre ella.

Como había sido la costumbre en los festejos de 16 de septiembre, el presidente de la República acudía a rendir homenaje a los héroes en la Catedral. Pero ante la abierta animadversión que Plutarco Elías Calles tenía por la religión católica, en 1925 se decidió el traslado de los restos a la Columna de la Independencia, inaugurada en 1910, y que no había sido concebida como monumento funerario.

Fue entonces cuando alguien advirtió la falta de los restos de Morelos. No parece haber indicios claros de la seriedad de estas sospechas, pero no hubiera sido raro que, en efecto, faltaran. No sólo los de Morelos se habían perdido o estaban incompletos, cualquiera de las osamentas podría estar en la misma situación, dada la persistente incuria en la que permanecieron durante demasiados años los huesos de los héroes que nos dieron Patria.

*INVESTIGADORA DEL INEHRM